

Globalización, desarrollo y reformas estructurales¹. África y los países en los años 80

Andrés Rossi, Ignacio

Globalización, desarrollo y reformas estructurales¹. África y los países en los años 80

Revista de Ciencias Sociales (Cr), vol. III, núm. 169, 2020

Universidad de Costa Rica, Costa Rica

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15365453004>

Globalización, desarrollo y reformas estructurales¹. África y los países en los años 80

Globalization, development and structural reforms. Africa and the countries in the 80s

Ignacio Andrés Rossi

Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina

ignacio.a.rossi@outlook.com

Redalyc: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15365453004>

Recepción: 16 Octubre 2019

Aprobación: 11 Octubre 2020

RESUMEN:

En el presente trabajo se propone abordar el contexto y la aplicación de los Planes de Estabilización Económica y Ajuste Estructural (paes) implementados en el continente africano durante la década del 80. El objetivo de este trabajo es poner en diálogo tres facetas de análisis en torno a la literatura y los informes sobre el tema: globalización, endeudamiento y aplicación de planes de estabilización económica. Para ello se analizan y contrastan diferentes trabajos sobre el tema obedeciendo a la estructura de la propuesta. Se ha podido constatar que los países constituyen un elemento de primer orden para explicar parte del devenir económico en la región.

PALABRAS CLAVE: Endeudamiento * estabilización * reformas * globalización * DESARROLLO.

ABSTRACT:

This paper proposes to address the context and application of the Economic Stabilization and Structural Adjustment Plans (saps) implemented in the African continent during the 1980s. The aim of this work is to dialogue with three facets of analysis, based on the literature and the reports on the subject: globalization, indebtedness, and implementation of economic stabilization plans. To do this, different works on the subject are analyzed and contrasted according to the structure of the proposal. It has been found that the saps constitute a first order element to explain part of the economic future in the region.

KEYWORDS: Indebtedness * stabilization * reforms * globalization * DEVELOPMENT.

1. EL PLAN DE LAGOS Y EL FMI-BM: UNA ALTERNATIVA FRUSTRADA

1.1. La globalización y los organismos internacionales

El contexto de aplicación de los PAEs en África en los 80 se desarrolló en un marco de grandes esfuerzos por parte de las instituciones financieras internacionales para promover una mayor globalización/mundialización (Amir, 2010). Estos esfuerzos se tradujeron, en materia económica, en recomendaciones para una mejor y más profunda inserción en los flujos comerciales del mercado mundial. El Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) centraron sus propuestas en un elemento central: debilitar al Estado desde arriba (con la imposición de las recetas de la economía internacional globalizada) y desde abajo (erosionando a los pluralismos étnicos y religiosos que caracterizaban al continente) (Sassen, 2007). La globalización que se desarrollaba en aquellos años coincidía con el neoliberalismo en boga que triunfaba con Ronald Reagan en EE. UU. y Margaret Thatcher en el Reino Unido, y que tomaría un mayor impulso con la caída del Muro de Berlín desde 1989 (Barro y Lee, 2005; Di John, 2010).

Los organismos internacionales fueron una pieza fundamental de este tablero y, representados por funcionarios públicos que encarnaban a su ministerio y a organismos nacionales, tenían una creciente influencia en el cuadro de la guerra fría. Analizar los argumentos que esgrimieron los organismos internacionales es un elemento de primer orden para entender los países, especialmente tener en cuenta las recomendaciones en materia económica para los países en desarrollo y su relación con las realidades regionales.

La filosofía que caracterizó a este impulso globalizador se aglutinaba en torno a la recomendación de un desarrollo económico sustentado en el crecimiento, el cual estaría a su vez condicionado por los intercambios internacionales de la economía mundializada. Este tipo de desarrollo solo podía realizarse

mediante una economía con una mayor liberalización de los mercados como el de capitales, trabajo y producción (Toussaint, 2004 y 2007).

Es conveniente aclarar que África no puede abordarse como un todo homogéneo debido a la variedad de Estados y realidades que cada una de las naciones presenta (Bartesaghi y Pereira, 2012). En lo que respecta al desarrollo, se encuentran países en donde el crecimiento económico se basó en cultivos comerciales como el té en Kenia, el café en Costa de Marfil y Ghana, y el cacahuete en Senegal, aunque la nueva maquinaria agrícola y los abonos químicos también estimularan cultivos nuevos como el azúcar en Suazilandia (Loxley, 1990). La explotación del sector minero como el cobre en Zambia y la República Democrática del Congo, el uranio en Níger y el hierro en Mauritania, fueron de vital importancia. En países del Norte como Libia, Argelia y Egipto, la explotación de petróleo y gas fue dinámica, mientras que en países del lado occidental como Guinea, Liberia, Togo, Gabón, Angola, Camerún y Nigeria surgió la explotación de minerales como la bauxita, el hierro, el fosfato, el manganeso y el uranio. En Botsuana, las exportaciones de diamantes dieron una importante actividad industrial en aquellos años².

En el sistema internacional globalizado que se generaba en aquellos años, África se encontraba en los márgenes periféricos, tanto en la división internacional del trabajo (producción de monocultivos y/o monoenergéticos) como en la configuración internacional del poder (influencia de relaciones políticas internacionales en un marco de disputas por la configuración de los Estados africanos). Más allá de las elites que se beneficiaban en las disputas por el poder interestatal, se puede decir que la integración africana se encontraba en una posición marginal en relación a las potencias mundiales y, por ello, a la injerencia de los organismos internacionales (Ismi, 2004).

Esto se ajusta a lo que Badi (1993) denomina modelo extrovertido, un modelo en el que la estrategia se basa en los principios del liberalismo y la economía del desarrollo. Este modelo estimulaba la ayuda externa para fomentar la diversificación de las exportaciones y crear industrias de bienes semifabricados o productos industriales asociados principalmente al sector primario en donde se tenían ventajas comparativas. Sin embargo, el modelo traía un fuerte componente de traspaso en el sentido de que constituía una receta pensada desde las economías industriales sin una evaluación previa de las características regionales del continente, ya sean económicas, políticas o culturales.

La incorporación en los países africanos de las políticas económicas configuradas por los países occidentales fue opuesta a los intentos de regionalización en el siglo xx, por ejemplo, la Organización para la Unidad Africana (OUA) fundada en 1963³, la Comunidad Económica de Estados del África del Oeste en 1975, la Comunidad Económica del África Central en 1981, la Unión del Magreb Árabe en 1989, la Comunidad para el Desarrollo del África Austral en 1992, entre otras. A pesar de estas iniciativas, en los años 80, el continente africano comenzó a implementar los países bajo las recomendaciones de los organismos financieros internacionales (Gentili, 2012). Como lo sostienen Bartesaghi y Pereira (2012), la integración africana se vio parcialmente afectada por la endeble estabilidad política de los Estados, lo cual involucraba en gran medida a las potencias socialistas y occidentales. Este factor trajo como correlato que la imposibilidad de actuar sobre los conflictos dentro de los mismos Estados motivara la intervención extranjera y se beneficiara un conjunto de elites en la construcción de poder.

Aunque también es cierto que existieron otros problemas que impidieron el desarrollo de los proyectos regionales como la imposición a los países africanos de un colonialismo económico extractivo, la aceptación de las leyes de la democracia liberal para reemplazar a las monarquías autoritarias⁴, la ayuda para el desarrollo condicionada a la lucha contra el terrorismo, el comunismo, la inmigración y el acceso a las materias primas y la expansión de las ong en el continente que bregaban por una mayor globalización y mundialización (Badi, 2007).

También debe mencionarse la importancia que tuvo en la década de los 80, la geopolítica africana en materia de inversiones militares e injerencia económica desde Europa, la urss y ee.uu. En la región del Cuerno de África, se concentraron las disputas por los intereses securitarios occidentales (sobre todo en el estrecho de

Bab el-Mandeb, el Congo y Liberia) y los soviéticos, por ejemplo, a través del apoyo suscitado a países como Somalia y Etiopía, dada la importancia del Mar Rojo como punto estratégico en donde se construyeron bases navales y se apoyó a las guerrillas locales contra los regímenes contrarios. En los años 80, la llegada de Ronald Reagan a la presidencia marcó una contraofensiva a la injerencia soviética ya socavada por el apoyo de Norte a los movimientos guerrilleros anticomunistas.

Hacia mediados de la década y como producto del insuficiente apoyo económico soviético, se constata un acercamiento a las potencias occidentales por parte de los regímenes socialistas como aquellos que no lo eran. Así, solo los tres gobiernos más pobres de África mantuvieron una postura abiertamente prosoviética en los años 80, constituyendo un polo de influencia para la urss: Angola, Mozambique y Etiopía. Desde el XVII Congreso del Partido Comunista en 1986, se presentó una orientación más política y económica que militar en las relaciones con el Tercer Mundo (Lechado, 1991). Esto explicaría en gran medida el porqué el régimen de Mijaíl Gorbachov se mostraría reacio a apoyar el régimen que surgía en Sudán desde 1985, aunque si se llevaron a cabo proyectos de cooperación con Zimbabue por sus intereses regionales. Asimismo, explicaría las razones de que hayan mejorado las relaciones, en gran parte vinculadas con el comercio de armamentos, con Estados no socialistas como Liberia, Nigeria y Tanzania (Farré, 2009).

Otro polo estratégico de influencia se encontraba a través del gobierno del dictador Idi Amin en Uganda (1971-1979) en el centro de África y el infausto apoyo estadounidense y británico que este recibió. En esta región, el apoyo occidental a un régimen autoritario que finalmente fracasara con el intento de invasión tanzana en 1978 fue evidente durante toda la década de los años 70 (Sánchez, 2010). En los 80, restablecido en la república el anterior gobernante Milton Obote (1966-1971 y 1980-1985) y Tito Okello (1985-1986), un nuevo golpe por parte de movimientos insurgentes llevaron al poder a Yoweri Museveni, quien gobernaría hasta la actualidad, lo cual dio cuenta de un régimen trémulo signado por el fraude y la injerencia occidental, especialmente estadounidense ya que mantenía importantes relaciones militares y económicas con ese país (Royo, 2008; López, 2018).

Por último, cabe mencionar el régimen de Jean-Bedel Bokassa, un militar de las filas independentistas que gobernó en Centroáfrica desde 1966. Un golpe de Estado con apoyo francés y estadounidense, interesados en la explotación del uranio y cobalto, favorecieron en el poder a David Dacko en 1979 y luego a André Kolingba en 1981, quien gobernó hasta 1993. Aunque no era la primera intervención francesa en sus antiguos territorios de ultramar, los 12 años de gobierno de Kolingba dieron cuenta de la creciente influencia de Occidente en la región a través del fmi y el bm, así como de la estratégica base aérea de Bouar que consiguió Francia en 1979. Paradójicamente, en 1993, las potencias amenazaron con retirar el apoyo económico y militar otorgado durante toda la década a Kolingba para que este convocase elecciones (Bat, 2013).

1.2. Entre la regionalización y la dependencia

La posición periférica de África en el sistema mundial “tiene como consecuencia fundamental que el proceso de desarrollo inducido [...] está orientado hacia el exterior. Por lo tanto, podemos hablar de la existencia de un modelo de desarrollo extravertido” (Jaén, 2007, p.3). Este modelo se caracteriza por la especialización de un conjunto reducido de productos exportables que genera una desarticulación sectorial interna, es decir, un escaso desarrollo de actividades en otros sectores productivos, lo cual promueve un vínculo de dependencia.⁵ En el sector agrícola, la desarticulación produjo desequilibrios en el abastecimiento de insumos industriales y en la fuerza de trabajo. En el industrial, la desarticulación fue entre proveedores de materias primas, bienes intermedios y producción final (Norton, 1987; Jaén, 2007).

En 1979, Angola, Botswana, Lesotho, Malawi, Mozambique, Swazilandia, Zambia, Zimbabue y Tanzania, fundaron la Línea del Frente como mecanismo informal en oposición a la política del apartheid (Sudáfrica era un impulsor de las recetas internacionales de la época) (White, 1997)⁶. Esta organización proponía iniciativas para el desarrollo económico y social mediante la Conferencia para la Coordinación del Desarrollo de África Austral (SADCC). Esta denostó la dependencia de las economías africanas respecto de las metrópolis mundiales y de las economías regionales a las grandes economías africanas. El 1º de abril de 1980 se reunieron

los jefes de Estado de la sadcc bajo el paraguas de la OUA y se aprobó un programa de acción para integrar sus economías y reducir la dependencia. El Plan de Lagos pretendía desarrollar instituciones regionales, promover el desarrollo industrial y la explotación de recursos en beneficio de los pueblos africanos (Mutti, 2011).

El Plan discernía en las limitaciones que imponía el sistema mundial a la inserción periférica y exigía una acción responsable por parte de las potencias del Norte industrializadas ante la crítica situación africana de aquellos años. Por otra parte, se pretendía impulsar la capacidad interna de inversión, coordinar la estabilidad económica mundial y la voluntad política de los Estados africanos por lograr una nueva unidad (Varela, 1993; Solange, 2018). Otra de las medidas comprendía la confirmación de un fondo de seguridad alimentaria con el objetivo de evitar una nueva hambruna y se preveía la integración total de todo el continente para el año 2000. La iniciativa panafricana acuñó el término de “autosuficiencia colectiva”, la cual propuso el desarrollo de un modelo alternativo al que delineaban los organismos internacionales, basado en reglas comerciales y políticas equitativas bajo la iniciativa de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). El Plan de Lagos, “se inscribe en un contexto histórico de confrontación Norte-Sur. Es necesario subrayar que las líneas maestras del PAL [Plan de Lagos] se apoyaban en la idea de que los obstáculos al desarrollo eran externos” (Jaén, 2007, p. 13-14).

La estrategia regional del Plan para superar el desarrollo autocentrado y endógeno de las décadas previas debía centrarse en una estrategia de integración económica regional alternativa a las propuestas de los organismos financieros internacionales (Bangura, 1987). Sin embargo, el fracaso del Plan y la hegemonía de los planes de estabilización propuestos por el BM y el FMI, pueden explicarse por un conjunto de razones que Badi (1993) sintetiza en la falta de voluntad política por parte de los dirigentes africanos, la exclusión de las masas en los procesos integracionistas, la prioridad en la construcción de los Estados nacionales y la cooperación vertical con las potencias industriales, la ausencia de la unión monetaria, las faltas de redes de comunicaciones, los desacuerdos en el reparto de beneficios y la homologación de modelos librecambistas occidentales.

El Plan de Lagos fue una alternativa basada en la cooperación regional africana que constituyó un primer esfuerzo en producir un enfoque regional y unificado en torno al desarrollo económico mediante una ruptura frente a la dependencia del sistema económico internacional (Lippolis, 2018). Sin embargo, la sadcc encontró la oposición del régimen sudafricano, que combatió las iniciativas económicas que no lo beneficiaban y defendió su alineamiento con ee.uu en la lucha contra el comunismo, pues este último, necesitaba un aliado que tutelara sus intereses en la región (Azcúnaga y Álvarez, 2013). La alternativa del Plan de Lagos no encontró una coyuntura favorable para instrumentarse, lo que favoreció una plataforma de acción para los organismos financieros internacionales que supieron explotar la crisis de la deuda que asolaba a los países del tercer mundo y las soluciones urgentes que esta demandaba (Mutti, 2011; Neves da Rocha, 2018).

La era del ajuste estructural fue puesta en práctica en el laboratorio africano por el BM y el FMI con el “informe Berg”⁷, en el cual las estrategias del desarrollo africano fueron planteadas desde una perspectiva diferente al Plan de Lagos. Según el BM, la crisis era producto de las políticas internas de los países, de una desarticulada y excesiva intervención estatal, del proteccionismo y de las prácticas de desarrollo fallidas (Heidhues y Obare, 2011). La solución estaba en crecer a través de las exportaciones y los superávits comerciales. Desde el informe Berg, se comenzaron a proyectar los primeros desembolsos del bm y el fmi condicionados a las medidas que se imponían a través de paquetes económicos programados con recomendaciones puntuales de política económica (Oya y Santamaría, 2007; Jaén, 2007; Díaz, 2015). Desde ese momento, tanto el FMI como el BM, comenzaron a hegemonizar el espacio de las decisiones en torno al desarrollo económico de un gran conjunto de países africanos que dieron nacimiento a los PAES.

2. LA CRISIS EXTERNA COMO CONDICIÓN FUNDAMENTAL

2.1. El destino de las deudas al interior de África

El endeudamiento africano en los años 80 solo representaba un 9% del endeudamiento mundial, sin embargo, esta no es considerada la mejor variable de análisis porque debe tenerse en cuenta el tamaño de las economías y su capacidad de generar recursos para afrontar sus obligaciones. El indicador deuda/exportaciones es un buen instrumento para analizar el problema del endeudamiento en aquellos años (Loxley, 1987). Como lo señala Taylor (1987), en África del Sur esa relación llegó a un 100% entre 1979 y 1985; en comparación con otras regiones, el ritmo de crecimiento de esa relación fue muy abrupto. por ejemplo, en 13 países, el servicio de la deuda incrementó en un 300% entre 1982-1984 y en el resto de los países incrementó el doble entre el periodo 1985-1987. En los años 80, no solo era un problema la deuda sino también su sistemático crecimiento, es por ello que la gravedad no radica en el monto, ya que el mismo era insignificante en comparación con el continente americano. Más bien se trata de analizar el ritmo de crecimiento de la deuda, por ejemplo, mediante el indicador PBI/deuda, relación que en algunos casos excedió un 1000% (Cleary, 1989; Álvarez, 2011).

El incremento de las tasas de interés a escala mundial fue parte de los desórdenes económicos producidos en las economías desarrolladas (que atravesaban una recesión económica y sobreproducción) a fines de la década del 70. Como consecuencia del proteccionismo implementado por las potencias se produjo una caída en los precios de las materias primas que agravaron los niveles de endeudamiento, ralentizaron la inversión y produjeron una descapitalización de las economías de la periferia que habían adquirido sus obligaciones en un contexto de liquidez internacional (Gabriel, 1993; Iolanda, 2007).

El excedente de reservas de los bancos internacionales, inflado a partir del aumento de los combustibles (petrodólares) había acrecentado el flujo de préstamos baratos en la década previa (Lopes, 2003). En este contexto, un conjunto de líderes locales se erigieron como interlocutores ante las potencias centrales y se favorecieron de créditos externos ante el interés occidental por frenar el comunismo en la región. El destino de los préstamos fue incontrolado y el enriquecimiento de estos líderes sumado al endeudamiento de los países hizo que se desestabilizaran las balanzas de pagos y que los escándalos de corrupción fueran recurrentes ⁸. Como consecuencia, los préstamos no se destinaron a proyectos de desarrollo integral y las erogaciones que representaron en 1984 un 34% del pib continental, convivieron con una reducción del PIB continental del 1% anual (Oya y Santa María, 2007).

Sin embargo, deben tenerse en cuenta los diferentes regímenes políticos y su consecuente marco de acción en esta coyuntura. Los Estados independientes africanos, dada su naturaleza cultural, política y geográfica, tenían experiencias económicas distintas. Por ejemplo, Costa de Marfil o Botsuana podían disponer respectivamente de altos índices de exportación del cacao y diamantes pero las matrices de los regímenes políticos trazaban el devenir económico en el marco de las posibilidades internacionales. Aquellos países declarados socialistas que habían dedicado desde los años 60 grandes esfuerzos a la industrialización planificada, como Ghana, habían fracasado porque las empresas estatales no habían logrado cubrir sus costes de producción ni aprovechar al máximo su capacidad instalada, con la contrapartida del crecimiento del empleo público y la corrupción.

Otros países de orientación socialista, que habían adoptado una estrategia de desarrollo centrada en el campo como Tanzania, Etiopía y Mozambique, fracasaron a pesar del crecimiento de la urbanización y del sector público. En Argelia, con amplios recursos como el petróleo y el gas natural, muchos economistas promovían el desarrollo a partir de la inversión pública canalizada en la industria pesada. Pero a fines de los años 70, se encontraba con una economía cargada de proyectos inconclusos y un crecimiento demográfico que se agravaría con el endeudamiento.

Otros países adoptaron estrategias orientadas al libre mercado que al igual que los socialistas habían entrado en crisis en los 80. Kenia es un buen ejemplo, donde las empresas agrícolas y comerciales en manos

de particulares obtuvieron crecientes rentas agrícolas a expensas de una clase campesina desposeída (Green, 1986; Mohs, 1988). Costa de Marfil, con la expansión del cacao y el café, constituye un ejemplo en donde los planes de desarrollo liberales que atrajeron capitales extranjeros con el correlato de la diversificación en sectores de servicios e industrias, fracasaron ante la caída de los precios de exportación y el endeudamiento. Nigeria vivió un exponencial crecimiento con la explotación de petróleo desde los 60, aunque a partir del shock de 1973, la sobrevaloración de la moneda golpeó al resto de las actividades agrícolas y comerciales. Un nuevo descenso del crudo en 1983, desestabilizó la balanza de pagos, lo cual llevó a las autoridades a endeudarse viendo reducirse con su soberanía, la capacidad industrial a más de la mitad.

Sin embargo, el hecho de que en los años 80 todas las economías de orientación socialista o capitalista atravesaran un periodo de crisis puede ser explicado, tal como lo entiende Iliffe (2016), porque los líderes africanos, en aras de evitar una crisis político-económica e, inclusive, el colapso del gobierno y una posible guerra civil, apoyaron regímenes débiles mediante el clientelismo, la acumulación de elites locales, los beneficios a poblaciones urbanas menos dóciles que las rurales mediante infraestructuras (en búsqueda de votos). En última instancia, esta lógica que actuó en detrimento del campo también explica porque la producción de alimentos sufrió un declive general en la década de los 80 (Platteau, 1988).

A pesar de la liquidez de los años 70, los créditos externos desembocaron en una falta de eficacia y productividad. En primer lugar, se destinaron a infraestructura social como centros universitarios, capitales, zonas comerciales y culturales. Este tipo de proyectos requiere un lapso de tiempo largo para generar beneficios en el conjunto de la economía. En segundo lugar, se encuentran los que se dirigieron a la infraestructura económica como carreteras, puentes, centrales hidroeléctricas y aeropuertos. Este tipo de infraestructura también requiere un tiempo razonable para generar beneficios, además de requerir un contexto internacional (o regional) favorable. Por último, y en menor importancia, los proyectos industriales que se dirigieron a la acumulación de divisas sustituyeron a la construcción y al desarrollo de plantas siderúrgicas, de producción de urea, cementos e industria farmacéutica.

La mayoría de estos proyectos contaba con una inadecuada planificación y evaluación para su desarrollo, así como, la carencia de capital humano y sobredependencia de importaciones extranjeras para su funcionamiento. Finalmente, no generaron divisas y al incrementar su absorción de importaciones tampoco lograron ahorrar las existentes. Este tipo de proyectos caracterizados por subestimar la demanda se conoce como “elefantes blancos”, en referencia a gigantes que no aportaron dinamismo a las economías. Sin embargo, como lo señala Taylor (1987) y Oya (1994), la crisis provino del exterior, es decir, de los efectos adversos de la situación económica internacional. De forma que en última instancia, las economías africanas se vieron en un cuadro de debilidad ante el shock externo que caracterizó a la crisis de los años 80 (Lippolis, 2018).

2.2. Los primeros diagnósticos Del FMI y el BM

El año 1976 fue un punto crítico para todas las economías africanas dado que la caída de los precios de los productos básicos afectó en similares proporciones a todo el continente. Por otra parte, como se ha mencionado, la recesión en los países centrales, especialmente, la presión inflacionaria que provocaba un alza en los precios de los productos manufacturados que África importaba, actuó como un componente del shock externo. Así, el deterioro en los términos de intercambio produjo un grave desequilibrio en las economías africanas que no pudo ser compensado por el repunte del precio del petróleo en 1979 y que, junto con el endeudamiento, desembocó en un deterioro de la situación fiscal afectando la legitimidad de los Estados.

A fines de los años 70, las altas tasas de inflación que comenzaron a enfrentar los países desarrollados agravaron la crisis, aunque más bien fueron las políticas que se aplicaron para combatirlas lo que produjo efectos negativos en la economía mundial de los años 80. Las políticas ortodoxas, aglutinadas en fuertes devaluaciones, contracción del gasto, restricción monetaria y recortes en servicios básicos, eran efectivas para reducir las crecientes tasas de inflación pero a costa del pib y una consecuente recesión. A su vez, esto explica la caída de los precios de productos básicos como los energéticos, los más bajos desde la Segunda Guerra Mundial, y el encarecimiento del crédito internacional (Alwyn, 1987; Mistry, 1994).

Sin embargo, los préstamos que los organismos financieros internacionales otorgaron en los años 80 no tuvieron un carácter de-sinteresado (como los anteriores, que también estuvieron vinculados a la lucha contra el comunismo en la región). En un marco de deterioro de las variables básicas de la economía, las naciones africanas no se encontraban en completa posición de hegemonizar el destino de los desembolsos.

Naturalmente, este cuadro ubicaba en una posición de dependencia a muchos países respecto a las importaciones de productos alimenticios, que a nivel continental subían de 3500 millones de dólares a 13 500 entre el periodo 1974-1983. El PIB también fue golpeado por el cataclismo de la deuda, sus tasas de crecimiento se redujeron significativamente, al punto de ser más bajas que el crecimiento de la población (en el conjunto de países cayó un 3,5% entre 1980-1984, lo cual resulta significativo si se tiene en cuenta que entre 1970-1982 creció a un ritmo anual de 2,7%). Además, las tasas de ahorro y de inversión estuvieron en caída en toda la década, lo cual reflejaba el déficit de la cuenta corriente: 12 400 millones de dólares entre 1980-1984 a nivel regional (Alwyn, 1987; Commander, 1989).

En este marco, uno de los argumentos que esgrimieron los organismos financieros internacionales fue que las políticas nacionales de los países africanos explicaban en gran medida el fracaso del desarrollo y el endeudamiento (Proff, 1994; Lopes, 2003; Oya, 2007). Si bien, el diagnóstico no era del todo errado, las omisiones pasaban por desconsiderar una mejor articulación de las políticas económicas en términos regionales, la reducción de la dependencia, el destino de los fondos y la marginación de la sociedad civil en los planes económicos.

El valor de las exportaciones sufría un descenso en todo el continente en términos nominales, pero también de volúmenes exportados. Las explicaciones por parte del FMI y el BM apuntaron a la sobrevaloración de los tipos de cambio, lo que provocaba la existencia de mercados paralelos en los cuales los precios fluctuaban hacia arriba. Según esta postura, esto provocaba que los exportadores tuvieran una negativa a liquidar sus divisas en los mercados nacionales desarrollando mercados paralelos y mecanismos de contrabando comercial. Como un efecto cadena, la sobrevaloración de los tipos de cambio también afectaba a los precios de insumos y de materias primas centrales para la producción. Este ciclo estimulaba la importación de alimentos e insumos incrementando las importaciones en mayor proporción que las exportaciones, para finalmente arrojar un déficit en la balanza comercial. En parte, este era un ciclo económico negativo que sufrieron muchos países africanos, aunque no deben eximirse las responsabilidades del endeudamiento y del comercio mundial por parte de los países desarrollados (Alwyn, 1987; Gentili, 2012).

Las deudas con los países africanos presentaron diversos problemas. Uno de ellos fue que en los años de mayor liquidez del crédito internacional, no solo los gobiernos centrales tomaron deuda sino los ministerios y las empresas del Estado. Esto provocó la inexistencia de un registro de endeudamiento, ya que varios de estos entes no disponían de un archivo completo al momento de las renegociaciones y se ignoraban los vencimientos, los plazos y las condiciones iniciales. Así, la estructura de pagos ignoraba en gran medida la capacidad de ingresos por parte de los países endeudados para afrontar sus obligaciones. Partiendo de esta base puede entenderse la dirección de los países, en la medida que su principal objetivo fue estabilizar la economía para mantener el pago de los intereses de las deudas (Gabriel, 1993).

3. LOS PAES EN EL LABORATORIO AFRICANO

3.1. Objetivos generales y la apertura comercial

Durante los años 80, los países fueron presentados como una solución a los problemas económicos de los países africanos. Pueden mencionarse tres categorías de países según sus estructuras económicas. Los primeros eran los que poseían economías preindustriales especializadas en un número reducido de cultivos de exportación, principalmente ubicados en África Oriental, los cuales se encontraban sometidos a conflictos civiles y presentaban una gran vulnerabilidad a las sequías y otros factores climáticos. En segundo lugar, los países exportadores de materias primas como minerales o energéticos entre los que se contaban Liberia,

Sierra Leona, Togo, Gabón, Zaire, Zambia, etc. Por último, los países que presentaban una vía de desarrollo industrial como Nigeria, Costa de Marfil, Camerún, Kenia y Zimbabue. Así igual, tanto en los países de signo capitalista como socialista (Tanzania, Mozambique, Angola, Etiopía, Somalia), el Estado fue un actor fundamental en el desarrollo de la política económica y de la productividad desde las descolonizaciones. Esto produjo que la progresiva caída de la URSS y el desfavorable cuadro internacional de la economía mundial favoreciera que muchos se sometiesen a las políticas del BM y el FMI (Muhumed y Gas, 2016), sellando el fracaso de los modelos nacionales y los estrechos mercados internos que habían desarrollado las economías africanas (Tarp, 1993; Badi, 1993, 1994 y 2008).

La financiación del continente africano que involucró a los países tenía tres objetivos. En primer lugar, se trataba de cubrir las necesidades de ahorro e inversión con el fin de generar un aumento en las tasas de crecimiento. En segundo lugar, aumentar las divisas para importar fundamentalmente bienes de capital e intermedios que favorecieran el desarrollo de sectores productivos y, por último, facilitar el terreno para la aplicación de reformas económicas. Como lo señala Oya (1994), los pobres resultados producidos por la financiación externa en el continente africano no necesariamente fue responsabilidad exclusiva de los gobiernos de la región.

Sin embargo, pueden identificarse un conjunto de similitudes que caracterizaron al continente más allá de la situación particular de cada país. La arbitrariedad y la mala distribución por parte de algunos jefes locales con respecto a las obligaciones contraídas, la incapacidad de ciertas instituciones nacionales para unificar mano de obra en torno a bases industriales, la primacía de sectores informales de trabajo, la falta de diversificación productiva y como consecuencia la debilidad estructural de las economías ante shocks externos. Así, el desfavorable entorno internacional se combinaba con la debilidad estructural de las economías africanas que no diversificaron su producción (Mkandawire y Soludo, 1998; Heidhues y Obare, 2011).

En este contexto, los países, que venían desarrollándose a lo largo de los 70, postulaban la idea de abordar políticas estructurales en los sistemas económico-sociales bajo la convicción de que la actividad del Estado en materia económica debía disminuir para abrir paso a una mayor participación de capitales privados y nacionales que estimularan las exportaciones agrícolas y energéticas. También estos se proponían conseguir una baja en los déficits presupuestarios con el fin de contener la inflación a través de una restricción de la demanda y con políticas monetarias restrictivas (Zattler, 1989).

De esta manera, evitar tipos de cambios sobredimensionados, controlar la inflación, liberalizar algunos mercados, reducir los subsidios y las protecciones a las industrias, eran variables que lograrían un saneamiento de las cuentas públicas y un Estado fiscalmente viable. De allí en adelante, se pensaba en promover la competencia a través de desregulaciones en el comercio (a razón de que la única estrategia de crecimiento posible para los países africanos era vista en las exportaciones) y privatizar las empresas públicas que presentaran saldos ineficientes (Badi, 1993 y 1994; Lopes, 2003; Toussaint, 2004).

Por su parte, las empresas estatales que habían sido desarrolladas en los 50 y 60, en áreas como transporte, energía, comunicaciones y metalurgia, bajo la lógica de control e inversión en sectores estratégicos, debían dejar lugar a una mayor estimulación del empresariado privado. Desde los organismos internacionales, se entendía que el sector privado era el más apto para recuperar la eficiencia, la producción, la competencia y obtener altas tasas de ahorro e inversión interna que atrayeran, a su vez, a inversionistas extranjeros (además se entendía que las privatizaciones reducirían voluminosamente el déficit fiscal) (SAPIN, 2002; Muhumed y Gas, 2016)⁹.

Por último, los países tuvieron el objetivo de lo que Jaén (2007) ha llamado la “mundialización”, que consistía en el énfasis en una mejor integración de los países periféricos al sistema de comercio, las finanzas y la economía mundial. Este eje de mundialización financiera promovía una mayor apertura comercial y desregulación de la cuenta de capitales en las naciones, argumentos neoliberales que ganaban espacios de hegemonía mundial (Samatar, 1993; Ostry, Loungani y Furceri, 2016).

La apertura comercial se sustentaba en que una mayor integración en el comercio mundial llevaría al incremento en la participación en el pbn. Se entendía que la especialización y la distribución de recursos serían inducidas por la competencia de un mayor número de importaciones. Es por ello que se destinaban los créditos a sectores exportadores que debían ser acompañados de una simplificación de las estructuras arancelarias y la eliminación de subsidios (SAPRIN, 2002). Esta lógica comercial debía combinarse con un régimen cambiario flexible que permitiese las devaluaciones monetarias para inyectar competitividad a las exportaciones y evitar las sobreimportaciones. Sin embargo, el más rápido crecimiento de las importaciones sobre las exportaciones produjo un deterioro en la balanza de pagos de muchos países africanos (SAPRIN, 2002; Ostry, Loungani y Furceri, 2016).

3.2. El sistema financiero y el mercado de trabajo

La liberalización del sector financiero, otro de los pilares de los países, consistía en reducir la presencia del Estado, liberalizar las tasas de interés para que converjan con las tasas mundiales y simplificar las barreras de circulación de capitales. Este tipo de reformas mermaba la autonomía de los Bancos Centrales ya que estos perdían el control de las tasas de interés y con ellas la capacidad de hacer política económica (y a menudo, se veían obligados a financiar y sostener las fugas de capitales que atentaban contra la desmonetización de las economías). Finalmente, esto produjo el atractivo por inversiones a corto plazo en actividades desvinculadas de la producción y potenció las ganancias de las agencias financieras al incrementar el margen de las tasas internas activas y pasivas. A su vez, produjo la volatilidad de capitales creando una estructura financiera más débil y expuesta a los shocks externos (SAPRIN, 2002; Toussaint, 2004 y 2007).

Las políticas en los mercados de trabajo también fueron un elemento central de los países y tuvieron un énfasis en el dinamismo, los circuitos productivos y la competitividad. Esto fue así porque el trabajo, bajo la lógica de los países, era definido en términos productivos y de competencia individual más que como un derecho. En los países caracterizados por grandes desarticulaciones regionales en sus circuitos productivos, conflictos civiles y escasez de recursos, era corriente la heterogeneidad en los mercados laborales. En este marco, la creciente contratación informal ponía en una posición de desventaja a los sectores trabajadores (a menudo, los repuntes en la actividad se desarrollaban aumentando más este tipo de contrataciones y con horas extra que incrementando el número neto de empleados). Aunque también era la concentración de recursos lo que caracterizaba la rigidez de los sistemas económicos, por ejemplo, la concentración de la tierra en Zimbabue en los 80 llegaba al 70% y se encontraba en manos de un 1% de la población (Samatar, 1993).

El fundamento de la reforma en este sector argüía una mayor flexibilización que diera dinamismo a las contrataciones de las industrias para estimular competitividad. Naturalmente, los sindicatos estuvieron en la mira del BM y el FMI, en tanto se entendía que estos activaban una puja distributiva contra el Estado y el sector privado al exigir un aumento de los salarios nominales provocando, a su vez, un desequilibrio en las cuentas públicas y los precios relativos que en definitiva, afectaban al sector trabajador (Toussaint, 2004; Oya, 2007).

Las reformas propuestas en los países debían lograr un shock estabilizador que diera lugar posteriormente a la aplicación de reformas adicionales de mediano plazo (estructurales). En primer lugar, debía facilitarse el acceso de los exportadores a mercados internacionales, el control de los precios relativos, el control del déficit público y la cuenta corriente del balance de pagos y, el acceso a los imputs intermedios importables y al crédito. Una vez equilibradas las cuentas fiscales se debía instrumentar la siguiente fase de reestructuración del gasto público con inversión privada. En este esquema, la reestructuración del sistema financiero implicaba una liberalización que produjera tasas de interés reales que se suponía remunerarían tanto al ahorrador como el inversor. Por último, se llevarían a cabo la instauración de programas sectoriales específicos de inversión financiados por los organismos internacionales en áreas como salud, educación, entre otras (Oya, 2007).

Sin embargo, los países no siempre llegaron a la segunda fase, debido a su fracaso, en parte por el origen de su carácter de receta universal. De hecho, ni siquiera lograron lo que los organismos financieros internacionales se proponían elementalmente, una reducción del gasto público sostenible y, sobre todo, un equilibrio en la

balanza de pagos. En los casos contados en que ello se logró fue a costa de la inversión y el pib, lo cual terminaba provocando una recesión económica (Taylor, 1987).

Además, no menos graves fueron las consecuencias en áreas como la educación y la salud, que fueron presentadas por los organismos como “efectos colaterales” (posteriormente fueron sistematizados por un informe del unicef en 1987 y más tarde por el Congreso de los Estados Unidos en 1989) (Jaén, 2007; Toussaint, 2007). Los PAES dejaron una depresión en la producción de los mercados internos y pronunciadas caídas salariales (en parte, como causa de la alineación y la unificación de los precios mundiales del trabajo). En general, existe un consenso de que generaron más dificultades que beneficios en las sociedades africanas, aunque no todos los males puedan atribuirse a los países (Mistry, 1994).

Entre los indicadores que tuvieron un peor desempeño en términos estrictamente económicos se cuentan la inversión y el ahorro interno (Lopes, 2003). Tanto los flujos de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP), como los no concesionales (los que otorgaron los bancos comerciales internacionales), los del BM y el FMI (los cuales se ralentizaron a partir de 1985), así como, la inversión extranjera directa, cayeron en la década del 80 (Jaén, 2007). Este punto resulta de vital importancia, ya que como Taylor (1987) lo considera, el financiamiento era una pieza central para reactivar las economías.

Por último, cabe mencionar las devaluaciones, que en general lograban incrementar los saldos exportables pero que se malograron por los desfavorables términos de intercambio. El otro efecto de la devaluación fue el incremento de las importaciones que terminó generando un obstáculo para el crecimiento, así como para utilizar las capacidades instaladas en la industria. La inseguridad alimentaria siguió siendo uno de los principales problemas de un sector agrícola orientado hacia el exterior que desatendía el mercado local y que, ante la eliminación de los subsidios estatales, presentaba altos precios. En parte, el excesivo énfasis en fomentar el reembolso de la deuda con la promoción de las exportaciones en un mercado internacional en el que la demanda de los productos básicos disminuía y sus precios se encontraban en caída, fue un error de diagnóstico y, a su vez, el producto de una puja distributiva entre Estados y organismos internacionales (Badi, 1993; Meilink, 2003).

A MODO DE CONCLUSIÓN

El ajuste y la estabilización que se necesitaba en los años 80 ante las deficiencias estructurales de los modelos de acumulación de los países africanos, no tienen porque desresponsabilizar socialmente los costos producidos por los programas. Por el contrario, en una región tan diversa socioeconómica y culturalmente era aún mayor la necesidad de analizar las situaciones locales como los circuitos productivos, las posibilidades de integración y el desarrollo, así como, los factores políticos y culturales para estudiar cómo recuperar el crecimiento en el desfavorable contexto internacional que se vivía.

Al momento de analizar el desarrollo africano, los técnicos de los organismos de crédito internacional han atribuido importancia a un conjunto de factores singulares, tales como, los derivados de la política (acciones de gobernanza) pero considerándolos como un factor externo y fuera de control (y por eso restándole importancia). Así, uno de los problemas en el análisis de los factores políticos y culturales para el desarrollo fue separar lo político-cultural de lo económico. Por ejemplo, las variables geográficas y demográficas resultaban de gran importancia en términos estructurales en países donde las hambrunas y los conflictos armados se encontraban presentes. Sin embargo, esto quedó invisibilizado frente al énfasis en la liberalización económica, la democratización (de la cual no hubo medidas ni sugerencias concretas) o los derechos de propiedad privada y acrecentamiento de la producción.

El papel en el cual se entendía al Estado en el marco de los países, también debía ser considerado más allá de su exclusión estricta de los procesos económicos. El cuadro de desarrollo en que se encontraba la globalización en los 80 hacía que el papel de los Estados retrocediera, pues finalmente fue otro de los puntos que mostraron un rotundo fracaso en los países, su reticencia a cualquier papel estratégico por parte del Estado en el proceso

productivo terminó vulnerando no solo a las poblaciones. El retiro abrupto de este en determinados sectores produjo una desordenada privatización, un exceso de importaciones y un encarecimiento de productos básicos. En los años 90, se gestaron con más fuerza que en los 80, las visiones neoliberales que ubicaban al Estado en un papel marginal, tanto en el sector privado como en la vida civil. Fue con el Consenso de Washington que las recetas neoliberales serían aglutinadas en un corpus teórico más homogéneo.

El problema de la deuda difícilmente se hubiera solucionado sin cooperación internacional y, sobre todo, sin desembolsos que financien los déficits fiscales y los proyectos de crecimiento y estimulación del capital. Como se mencionó anteriormente, la cantidad abrupta de renegociaciones hizo inútil los esfuerzos por equilibrar las balanzas de pagos de los países endeudados y los excesivos esfuerzos por adquirir divisas en el mercado mundial. El tratamiento de la deuda requería un alivio, es por ello que el asunto no tuvo éxito tampoco en los años posteriores a los países. Desde la segunda mitad de los años 80, los flujos de capitales hacia los países africanos se redujeron en todas sus formas y es por ello que la persistencia de un endeudamiento desordenado y carente transparencia debía ser analizado en el marco de un alivio como lo declaraba el Informe de Desarrollo Humano de 1998. Al final de cuentas, la variable externa de la deuda también siguió aumentando en la década del 90 (Lopes, 2003).

REFERENCIAS

- Álvarez, A. (2011). África y “el nuevo orden mundial” en África Subsahariana: sistema capitalista y relaciones internacionales. clacso.
- Amir, S. (2010). Capitalismo, imperialismo, mundialización. clacso.
- Azcúnaga, L. y Álvarez, A. (2013). La pobreza en África subsahariana, una reflexión sobre sus causas. 3er Congreso de la Internacional del Conocimiento, Memoria del Foro Bienal Iberoamericano de Estudios del Desarrollo, 2013. Simposio de Estudios del Desarrollo. Nuevas rutas hacia el bienestar social, económico y ambiental. Universidad de Santiago de Chile, Chile, del 7 al 10 de enero.
- Badi, M. (1993). Las estrategias de desarrollo en África. Balance y alternativas. Norba, Revista de Historia, 13, 227-244.
- Badi, M. (1994). La crisis del Estado y del desarrollo en África. África América Latina. Cuadernos, 14, 7-20.
- Badi, M. (2007). Repensando la globalización para el Sur. Perspectivas de las relaciones. África América Latina. Ciencia Política, 4, 40-73.
- Badi, M. (2008). África en la globalización neoliberal: las alternativas africanas. Revista theomai, 17, 77-87.
- Bangura, Y. (1987). imf/World Bank Conditionality and Nigeria's Structural Adjustment Programme. En Havnevik, K. (ed), The imf and the World Bank in Africa. Conditionality, impact and alternatives (18). Seminars Proceedings.
- Barro, R. y Lee, J. (2005). imf Programs: Who is Chosen and what are the effects? Journal of Monetary Economics, 52, 1245-1269. Doi: 10.3386/w8951.
- Bartesaghi, I y Pereira, M. (2012). Los procesos de integración en África: desarrollo en contextos adversos. Revista puce, 101, 1-29.
- Bat, J. (2013). Les diamants (de Bokassa) sont éternels. Pré carré et guerre fraîche: la fabrique de la Françafrique. Dans Afrique contemporaine, 2 (246), 127-148.
- Cleary, S. (1989). Structural Adjustment in Africa. Trócaire Development Review.
- Commander, S. (1989). Structural Adjustment & Agriculture Theory & Practice in Africa and Latin America. James Currey.
- Díaz, B. (2015). El papel del fmi en el desarrollo económico de África Subsahariana. [Tesis de grado]. Universidad Pontificia.
- Di John, J. (2010). Conceptualización de las causas y consecuencias de los Estados fallidos: una reseña crítica de la literatura. Revista de Estudios Sociales, 37, 46-86.

- Farré, A. (2009). Reinos y ejércitos en la formación de Uganda. El descontrol de la violencia (1877-1986). Cuadernos de Estudios Africanos, 16 (17), 53-70.
- Gabriel, C. (1993). África: el embuste liberal. África América Latina, 14, 35-42.
- Gentili, A. (2012) El león y el cazador. Historia de África Subsahariana. clacso.
- Green, R. (1986). Sub-Saharan Africa: poverty of development, development of poverty. Presented at seminar on Poverty, development and Food: Basic Need Revisited in honour of Professor H. W. Singer on his 75th birthday, 13 de December de 1985.
- Heidhues, F. y Obare, G. (2011). Lessons from Structural Adjustment Programmes and their effects in Africa. Quarterly Journal of International Agriculture, 50 (1), 55-64.
- Iliffe, J. (2016). África. Historia de un continente. Akal.
- Iolanda, F. (2007). Deuda externa en África. Reescribiendo la historia a través de la ilegitimidad. En Peinado, J. y Tebarés, R. (Coords.), El futuro imposible del capitalismo: ensayos en memoria de José María Vidal Villa. Icaria.
- Ismi, A. (2004). Impoverishing a Continent: The Word Bank and the imf in Africa. Canadian Centre for Policy Alternatives.
- Jaén, A. (2007). África en la economía mundial: del imperialismo al ajuste estructural y más allá. En Peinado, J. y Tebarés, R. (Coords.), El futuro imposible del capitalismo: ensayos en memoria de José María Vidal Villa. Icaria.
- Lechado, J. (1991). La Unión Soviética y el África Subsahariana: una relación inconsistente. África-América Latina Cuadernos, 3, 27-34.
- Lippolis, N. (2018). ¿Qué hay detrás del milagro africano?: Implicaciones para la cooperación europea. Real Instituto Elcano, 1-13.
- Lopes, C. (2003) ¿Ajustarse a qué? ¿Son los programas de ajuste estructural una respuesta adecuada a la globalización? issj.
- López, M. (2018). Desigualdades horizontales, guerras y paz violenta en el norte de Uganda. Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades, 20 (39), 39-60.
- Loxley, J. (1987). The imf, the Word Bank, and Sub-Saharan Africa: Policies and Politics. En Havnevik, K. (ed), The IMF and the Word Bank in Africa. Conditionality, impact and alternatives (18). Seminars Proceedings.
- Loxley, J. (1990). Structural adjustment in Africa: reflections on Ghana and Zambia. Journal Review of African Political Economy, 17, 8-27.
- Meilink, H. (2003). Structural Adjustment Programmes on the African Continent. The theoretical foundations of imf/World Bank reform policies. asc Working Paper, 53.
- Mistry, P. (1994). 'Exchange Rate Adjustment: A Review of Developing Countries Experience'. En Van der Geest, W. (ed.), Negotiating Structural Adjustment in Africa. James Currey.
- Mkandawire, T. y Soludo, C. (1998). Our continent, our future. African perspectives on Structural Adjustment. International Development Research Centre.
- Mohs, R. (1988). Structural adjustment programmes in sub-Saharan Africa. Intereconomics, 1 (23), 25-28.
- Moreno, N. (2009). África en el siglo xx: una historia de la deconstrucción-reconstrucción en el trazado de las fronteras e identidades. En Moreno, N. (ed.), Antropología y colonialismo de África subsahariana. Textos etnográficos. cera.
- Muhumed, M. y Gas, S. (2016). The Word Bank and imf in Developing Countries: Helping or Hindering? International Journal of African and Asian Studies, 28, 39-49.
- Mutti, M. (2011). Neoliberalismo y regionalismo abierto en África Subsahariana: la experiencia de la sac. África subsahariana: sistema capitalista y relaciones internacionales. Colección Sur-Sur. clacso.
- Neves da Rocha, A. (2018). Particularidades de la integración africana en el contexto de la integración económica internacional. Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García.
- Norton, R. (1987). Agricultural Issues in Structural Adjustment Programs. Economic and Social Development Paper, 66. fao.

- Ostry, J., Loungani, P. y Furceri, D. (2016). El neoliberalismo ¿Un espejismo? Finanzas y Desarrollo, 53 (2), 38-57.
- Oya, C. (1994). El ajuste estructural y la estabilización en las economías de África. África América Latina, 15, 69-90.
- Oya, C. (2007). Crecimiento y desarrollo económico: ¿una dummy africana? En Oya, C. y Santa María, A. (eds.), Economía Política del Desarrollo en África. Akal.
- Oya, C. y Santa María, A. (2007). Crecimiento y desarrollo económico: ¿una dummy africana? En Oya, C. y Santa María, A. (coords.), Economía Política del Desarrollo en África. Akal.
- Platteau, J. (1988). The food crisis in Africa: A comparative structural analysis. World Institute for Development Economics Research of the United Nations University.
- Proff, H. (1994). Structural adjustment programmes and industrialization in sub-Saharan Africa. Intereconomics, 29 (5), 225-233.
- Royo, J. (2008). Escenarios de paz y de guerra en el norte de Uganda. Quaderns de Construcció de Pau.
- Samatar, A. (1993). Structural adjustment as development strategy? Bananas, boom, and poverty in Somalia. Economic Geography, 69 (1), 25-43.
- Sánchez, C. (2010). La política exterior y militar de ee.uu en África (1960-2010): Del Tercer Mundo a un “Nuevo Oriente Medio petrolífero”. Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences, 27 (3), 1-38.
- SAPRIN. (2002). Las políticas de ajuste estructural en las raíces de la crisis económica y la pobreza. Una evaluación participativa multinacional del Ajuste Estructural. Washington, Red Internacional de la Sociedad Civil para la revisión participativa de las Políticas de Ajuste Estructural (saprín).
- Sassen, S. (2007). Una sociología de la globalización. Katz.
- Solange, A. (2018) Los procesos de integración y cooperación en África. El papel de Angola [Tesis doctoral]. Universidad Complutense de Madrid, FGeH.
- Tarp, F. (1993). Stabilization and Structural Adjustment. Macroeconomics for analysing the crisis in Sub-Saharan Africa. Routledge.
- Taylor, A. (1987). La crisis de la deuda en el África del Sahara. Comercio exterior, 37 (9), 749-763.
- Touissaint, E. (2004). La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos. clacso.
- Touissaint, E. (2007). El Banco Mundial: el golpe de estado permanente. El Viejo Tipo.
- Varela, H. (1993). África Subsahariana en la regionalización de la economía mundial. Política y Cultura, 2, 371- 391.
- Von Bogdandy, A. y Ebert, F. (2018). El Banco Mundial frente al constitucionalismo transformador latinoamericano: panorama general y pasos concretos. En A. Von Bogdandy, P. Salazar Ugarte, M. Morales Antoniazzi y F. C. Ebert (Eds.), El constitucionalismo transformador en América Latina y el derecho económico internacional: De la tensión al diálogo (pp. 355-395). Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas e Instituto Max Planck de Derecho Público Comparado y Derecho Internacional Público.
- White, H. (1997). Zambia in the 1990s as a Case of Adjustment in Africa. African Development Review, 9 (2), 56-87.
- Zattler, (1989). The effects of structural adjustment programmes. Intereconomics, 24 (6), 282-289.

NOTAS

- 1 Este trabajo ha sido realizado en el marco del seminario Historia de África Contemporánea en la Maestría en Historia Contemporánea de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) y posteriormente fue presentado en el IX Congreso Nacional de aladaa Argentina “Culturas en movimiento: potencialidades y desafíos en la globalización. Asia y África desde América Latina” que se llevó a cabo en Río Cuarto, Córdoba, República Argentina, los días 22 y 23 de agosto de 2019.
- 2 También debe considerarse la heterogeneidad de los regímenes políticos, ya que desde el proceso de descolonización surgieron regímenes democrático liberales, en algunos casos con posteriores golpes de Estado en los 70 que desembocaron en regímenes autoritarios de distinta naturaleza, ya sea marxistas o prooccidentales (Moreno, 2009).
- 3 Desde el 2001, reemplazada por la Unión Africana (UA), hoy constituye el acuerdo político de mayor importancia para el continente, en tanto engloba a todos los países, con la excepción del lapso de la monarquía de Marruecos que abandonó la organización entre 1984 y 2017, cuando se reconoció al Frente Polisario como un Estado. Cabe mencionar que la uoa

fue fundada un año después de las independencias y de la disolución de la Unión de los Estados Africanos (1958-1961), organización impulsada por líderes nacionalistas anticoloniales como Kwame Nkrumah y Ahmed Sékou Touré.

- 4 Los procesos de democratización en general fueron fallidos en tanto se concentraron más en implementar políticas de mercados. Por su parte, los regímenes militares o civiles, visto que los monárquicos eran ínfimos luego de los procesos de descolonización de los 60 y 70, supieron captar la coyuntura internacional en el cuadro de la Guerra Fría para obtener apoyo económico y político, lo que incluía importantes inversiones armamentísticas y relaciones geoestratégicas (Gentili, 2012).
- 5 Los casos de Zambia, Costa de Marfil y Argelia son representativos del problema de la especialización productiva. En Zambia, se dio una excesiva dependencia de la producción de cobre, y aunque en ese sector era uno de los países más urbanizados e industrializados del continente, gran parte del gasto público en sectores productivos (empresas, infraestructuras, salarios, etc.) fue financiado con créditos externos. Los desequilibrios macroeconómicos que se produjeron con el colapso de los precios del cobre durante el último cuarto de los años 70 con su consecuencia en el déficit comercial, dieron cuenta de la fragilidad externa del modelo (Oya, 2007). El capitalismo marfileño fue presentado como un modelo de desarrollo liberal y de economía de mercado en los años 70. Sin embargo, la caída del precio del cacao, que en la década precedente había atraído importantes inversiones extranjeras, provocó una grave crisis que puso de manifiesto las desigualdades socio-regionales y la dependencia externa (Badi, 1993). Por último, en Argelia la vulnerabilidad externa se manifestó con la caída del precio del petróleo en 1986. Los hidrocarburos presentaban en Argelia un 95% de su saldo exportable, por lo que el shock de 1986 develó otros problemas como el abandono de la agricultura, un éxodo rural desordenado, un crecimiento anárquico de las ciudades, entre otros (Oya y Santa María, 2007).
- 6 El continente sufría una desarticulación territorial caracterizada por una escasa relación entre las actividades productivas que se desarrollaban entre regiones no solo en el continente, sino en un mismo Estado como consecuencia de que la producción se encontraba principalmente dirigida al mercado exterior. Como se mencionó, este aspecto fue profundizado con los modelos de desarrollo que se impusieron en los años 80. Por ejemplo, las infraestructuras de vías férreas en los casos de Mozambique y Mauritania fueron casos representativos de un modelo basado en la producción exterior, aunque tampoco era desestimable una concentración productiva de más del 80% que presentaban países como Botswana, Níger, Rep. Dem. del Congo, Nigeria, Etiopía (Jaén, 2007).
- 7 Por su creador, Elliot Berg, titulado El desarrollo acelerado en África al sur del Sahara. El informe fue un encargo de Robert McNamara, quien presidió el Banco Mundial hasta 1981, y constituyó la línea programática del organismo en la región en los siguientes años (Von Bogdandy y Ebert, 2018).
- 8 Fueron casos significativos los de Mobutu Sese Seko, dictador de la República del Zaire o de Sani Abacha en Nigeria. En ambos casos, se fortalecieron las estructuras de seguridad y represión destinadas fundamentalmente a combatir el comunismo y proyectos faraónicos asociados a la voluntad de un pequeño círculo de líderes africanos. Este marco dio un impulso al abandono de la vía tercermundista y a la adopción de las políticas neoliberales mediante la reducción de un sector público calificado como ineficiente, así como, el impulso a las políticas de privatización y movilidad de capitales que, entre otras cosas, darían mayor libertad y transparencia a los procesos de desarrollo. Sin embargo, la globalización en África ha implicado favorecer sectores específicos de exportación en detrimento de los recursos naturales con la importación de nuevas tecnologías destinada a fortalecer el sector primario (Sassen, 2007; Badi, 2008).
- 9 Los casos de Bangladesh y Uganda representan privatizaciones prematuras en los años 80. Sin embargo, en ninguno de los dos casos se logró la eficiencia y la competitividad, por el contrario, se desarrolló una concentración y una estructura oligopólica en la propiedad de esas empresas por parte de inversores extranjeros. Además, se malograron los resultados debido a la violencia política que desgarraba esos países, la escasez de divisas, la falta de materias primas y de maquinarias necesarias para su desarrollo tecnológico. Como se sostiene en un informe de revisión de políticas de ajuste, “no hay evidencia de que el tipo de propiedad determine el nivel de eficiencia de una empresa particular” (SAPRIN, 2002, 115-118).